

que mecanismos. Y donde reinan las leyes de la mecánica, no hay Dios, ni alma, ni religión, ni metafísica.”

Este mismo autor nos decía: ⁽¹⁾

“La vida es un sueño siniestro, una alucinación dolorosa, en cambio de la cual la nada sería un bien.”

Algunos otros van más lejos todavía. Un periodista bien conocido, Edmundo Lepelletier, con motivo del naufragio de la “Utopia,” escribía lo siguiente:

“Todas las ventajas de la existencia pertenecen á quienes se hallan mejor armados para triunfar de la competencia vital; y el mejor armado es el más impío, el más egoísta, el menos accesible á los sentimientos de dolor, de humanidad y también de justicia.

“Todo el vigor de las sociedades y el bien de las civilizaciones están constituidos en esta necesidad de lucha y esta fatalidad del triunfo de la fuerza, con desprecio del derecho, de la justicia y de la humanidad.”

“¿Qué cosa es lo bueno?—dice Federico Nietzsche. ⁽²⁾—El poder! ¿Qué es lo malo? La debilidad! ¿Qué es la dicha? El sentimiento de que el poder se engrandece; de que una resistencia es vencida. No es el contentamiento, sino el mayor poder; no la paz ante todo, sino la guerra; no la virtud, sino el valor.

“¿Perezcan los débiles y los ineptos! y aun ayúdeselos á desaparecer. ¿Qué hay de más nocivo que cualquier vicio? La piedad para los caídos y los débiles!”

Hé aquí lo que los escritores y los filósofos materialistas difunden en las hojas públicas. ¿Tienen verdadera conciencia de las responsabilidades que contraen? ¿Preven qué cosecha producirá tal semilla? ¿Saben que vulgarizando estas doctrinas inicuas y desesperantes colocan en la mano de los desheredados la antorcha del incendiario y los instrumentos de muerte?

¡Ah! estas doctrinas parecen calmantes, inofensivas á los dichosos, á los satisfechos, á los gozadores escépticos que poseen lo necesario con lo supérfluo, y que con ellas justifican todos los apetitos y excusan todos los vicios; mas aquellos á

(1) *Filosofía natural*, pág. 210.

(2) *El Antecristo*, por Federico Nietzsche.

quienes azota la suerte, los que padecen y sufren, ¿qué uso, qué aplicación harán de tales doctrinas?

El ejemplo de Vaillant y de Emilio Henry nos lo demuestra.

Vaillant lo ha declarado ante el Jurado del Sena, en Enero de 1894. La idea de su crimen la concibió con la lectura de obras materialistas.

Emilio Henry se expresó también así: “Los estudios científicos me han iniciado en el conocimiento de las fuerzas naturales: soy materialista y ateo.”

¡Oh ciencia de la materia! con tus afirmaciones rotundas, con tus leyes inexorables del atavismo y de la herencia; cuando enseñas que la fatalidad y la fuerza rigen el mundo, rompes todo resorte, toda energía moral en los débiles y en los heridos de la vida; haces penetrar la desesperación en el hogar de las familias; destilas tu ponzoña hasta en el corazón de las sociedades!

¡Oh materialistas! vosotros habéis borrado el nombre de Dios del corazón del pueblo; habéis dicho á éste que todo se reduce á los goces terrestres; que todos los apetitos son legítimos, y que la vida es sombra que dura un instante.

Y el pueblo lo ha creído; las voces exteriores que le hablaban de justicia y de esperanza, se han extinguido. Las almas se han encerrado en la fe, y al mismo tiempo se han abierto á las pasiones terrestres. El egoísmo ha proscrito al desinterés, á la piedad y la fraternidad.

Sin ideal en su triste vida, sin fe en el porvenir, sin luz moral, el hombre ha descendido al estado bestial; ha sentido despertarse sus instintos feroces; se ha inspirado en la codicia, la envidia y los arranques furiosos. Y al presente, las fieras rugen en la sombra, con el odio y la rabia en el corazón, y prestas á desgarrar, á destruir, á amontonar ruinas sobre ruinas.

La sociedad está invadida de males profundos. El espectáculo de las corrupciones, del impudor, que se extienden en nuestro derredor; la fiebre de riquezas, el lujo insolente, el frenesí de especulación que, en su avidez, llega á secar en poco tiempo las fuentes naturales de la producción, todo esto llena de tristeza el pensamiento.

Y como todo se encadena en el orden de las cosas, como todo lleva en sí sus frutos, el mal, sembrado con profusión, parece hacer llamamiento al dolor y á la tempestad. Este es el

lado temible de la situación: parece que llegamos á una hora sombría de la historia.

¡Anatema á los que han ahogado las voces de la conciencia, que han dañado muerte al ideal puro y desinteresado, á los que han enseñado al pueblo que todo es materia y que la muerte es la nada! ¡Anatema á quienes no han querido comprender que todo sér humano tiene derecho á la existencia, á la luz, y más aún, á la vida espiritual; á quienes han dado ejemplo de inmoralidad, de egoísmo, de sensualismo!

Furiosa tempestad se prepara contra esta sociedad que no ofrece al hombre protección, ni consuelo, ni socorro moral. Los relámpagos de esa borrasca surgen á veces del seno de las multitudes; la hora de la cólera se aproxima; puesto que no sin peligro se comprime el alma humana, se impide la evolución moral del mundo, se encierra el pensamiento en el férreo círculo del escepticismo y del nihilismo. Viene un día en que este pensamiento reacciona con violencia, y en que las bases sociales son quebrantadas por espantosas convulsiones.

Mas yergue tu frente, hombre, é invoca á la esperanza. Un nuevo rayo va á descender de los espacios para alumbrar tu ruta. Todo lo que hasta aquí se te ha enseñado es incompleto y estéril. Los materialistas sólo han visto la superficie y la apariencia de las cosas: no conocen más que los aspectos inferiores de la vida infinita. Su sueño es una pesadilla.

Sin duda que, si se considera el espectáculo de la vida sobre la tierra, preciso es reconocer que lo que domina en ella, en las regiones inferiores de la naturaleza, es la lucha ardiente, el combate sin tregua, la guerra perpetua por la cual cada sér procura hacerse lugar en el mundo. Si; los seres se estrechan y las fuerzas universales chocan en lucha gigantesca; pero en definitiva, lo que se produce de esta lucha, no es la confusión, el caos, como se pudiera esperar de fuerzas ciegas; es el equilibrio y la armonía. En todas partes la destrucción de seres y de cosas no es más que el preludio de reconstrucciones, de nacimientos nuevos.

Y ¿qué importa la muerte aparente si la vida es inmortal, si el sér es imperecedero en su esencia, si la misma muerte es una de las condiciones, una de las fases de su elevación?

Preciso es no considerar solamente la evolución material: ésta no es más que una fase de las cosas. La destrucción de los

organismos nada prueba: son construcciones pasajeras; el cuerpo es sólo un vestido. La entidad viviente está en el sér psíquico, es decir, el espíritu, siendo éste el que anima estas formas materiales. El espíritu vuelve á encontrarse en toda su integridad más allá de la tumba, con las cualidades adquiridas y los méritos acumulados, presto á emprender nuevas ascensiones. Allí se encuentra revestido de esa envoltura sutil, ese cuerpo fluídico del que es inseparable que existía antes del nacimiento, subsiste actualmente en cada uno de nosotros, y sobrevivirá después de la muerte. La existencia de ese cuerpo sutil está demostrada por diarias experiencias de desdoblamiento, de exteriorización de la sensibilidad; por la aparición de fantasmas de vivientes durante el sueño, así como por la de los muertos.

En otro punto de vista, las teorías materialistas no son más acertadas. Nos dicen que todo lo que caracteriza al espíritu humano, aptitudes, facultades, virtudes y vicios, se explica por la ley de herencia y por la influencia del medio. Extiende la vista en vuestro derredor, y veréis que los hechos desmienten esta aserción. Sí; la influencia de las condiciones materiales es poderosa: ella doblega algunas veces á ciertos espíritus bajo su yugo; pero cuántas otras, por medio de la voluntad, el valor y la perseverancia, han sabido elevarse de la situación más oscura, de los grados más inferiores, hasta las alturas donde brilla el genio. Cuántos pensadores, sabios y filósofos nacidos en la pobreza, han logrado, con sus esfuerzos, alcanzar los primeros rangos. ¿Será necesario nombrarlos? Recordemos solamente que Copérnico era hijo de un panadero; Kepler, hijo de un tabernero, fué él mismo sirviente en una taberna; d'Alembert, niño expósito recogido una noche de invierno en la puerta de una iglesia, fué educado por la mujer de un vidriero; Newton y Laplace fueron hijos de pobres paisanos; Humphry Davy doméstico de un farmacéutico; Faraday, encuadernador; Franklin, aprendiz de imprenta. Todos estos y otros muchos han sabido luchar contra las condiciones más desfavorables, triunfar de los mayores obstáculos, conquistar una reputación imperecedera.

Así pues, no son la condición y el origen los que dan el talento. Un padre ilustre puede tener descendencia de medianías: dos hermanos pueden asemejarse físicamente; usar los

mismos alimentos, recibir igual educación, sin tener por esto las mismas aptitudes ni las mismas facultades.

En contraposición de las teorías negativas, todo demuestra que la infelicidad, el genio, la virtud, no son resultados de condiciones materiales, sino que, al contrario, como potencia superior á dichas condiciones, frecuentemente las dominan y las gobiernan.

No hay duda que en la mayor parte de los casos la materia pesa gravemente sobre el espíritu y contrasta su vuelo; pero muchas veces también la voluntad se yergue y doma las resistencias de la carne hasta en medio de las más crueles torturas. ¿No vemos esto mismo en todos aquellos que han sufrido y muerto por una gran causa, en todos esos mártires que han dado su vida por la verdad? Allí están Jordano Bruno, prefiriendo el suplicio á la retractación; Campanella, que sufre siete veces la tortura, y recomienza siete veces sus amargas sátiras contra los inquisidores; Juana de Arco que muere en la hoguera; Sócrates, que salva la filosofía y bebe la cicuta más bien que renegar de sus doctrinas; allí están Pierre Ramus, Arnolfo de Brescia, Juan Huss, Jerónimo de Praga, y Savonarola.

En todos esos grandes suplicios vemos afirmarse la insigne superioridad del espíritu sobre la materia. El cuerpo, atenuado por el sufrimiento, se retuerce y gime; mas el alma está allí, imponiéndose y dominando la rebelión de la carne.

Todo esto nos demuestra de cuánto es capaz la voluntad, facultad maestra cuyo uso constante é ilustrado, puede elevar al hombre tan alto. Ella es el arma por excelencia, que es necesario aprender á utilizar, á aguzar sin tregua. Aquellos que por medio de sofismas pretenden menoscabarla y embotarla, cometen la más funesta acción.

Penoso es hacer constar que las doctrinas más extendidas entre nosotros, el catolicismo por una parte y el materialismo por otra, concurren á aniquilar ó al menos á entorpecer el ejercicio de las potencias del sér humano: razón, voluntad, libertad, energías, con las cuales el hombre podría realizar tan magnas cosas y prepararse un maravilloso porvenir.

En vista de ello, ¿cómo asombrarse de que nuestra civilización presente aún tantas llagas vergonzosas, cuando el hombre ignora su modo de ser y el cúmulo de riquezas que la mano divina ha puesto en él para su elevación y su felicidad?

En el círculo de su vida, la humanidad se agita entre dos errores: el uno que afirma, y el otro que niega: uno que dice al hombre: "Cree sin comprender!" el otro que le grita: "Muere sin esperar!"

De un lado la idolatría; porque es un ídolo ese Dios que parece desear aún la sangre derramada en otro tiempo en su nombre; que se levanta como un obstáculo entre el hombre y la ciencia; que combate el progreso y la libertad; sombría divinidad que no se puede mostrar sin velar la faz del Cristo, sin menospreciar la razón y la conciencia.

De otro lado, la nada, la muerte de toda esperanza, de toda aspiración al más allá; la ruina de toda idea de solidaridad y de fraternidad entre los hombres. Si éstos pueden estar ligados por una creencia, aunque ciega, no pueden estarlo por las negaciones.

Francia, en particular, está comprimida como con férreo círculo, entre estas dos concepciones opuestas, las dos dogmáticas á su manera, las dos procurando imponerse al país, para realizar el reinado de la teocracia y del ateísmo.

Si el materialismo y el nihilismo hubieran sido sólo enemigos de la superstición y de la idolatría, se habría visto en ellos los agentes de una transformación necesaria; pero no se han reducido á combatir los dogmas religiosos; han condenado todo lo que constituye la grandeza del alma, roto sus energías morales, destruido su confianza en sí misma y en Dios; han preconizado ese abandono á la fatalidad, ese apego exclusivo á las cosas materiales, abandono que lentamente nos desarma, nos debilita, nos prepara el fracaso y la caída.

El alma humana ha retrocedido ante este abismo. El progreso del materialismo, sus consecuencias sociales, han sembrado el espanto en gran número de espíritus. Ante la obra de destrucción efectuada por la crítica materialista, ante la ausencia de toda enseñanza capaz de fortificar el alma de las democracias, esos espíritus han recordado el poder de la idea religiosa, han vuelto hacia la Iglesia como hacia el solo refugio, la sola autoridad firme y segura. De ahí un retoño de vida y de prestigio del catolicismo. Este, aprovechándose de las faltas de sus adversarios, hace vigorosos esfuerzos para disputar á los libre-pensadores la dirección de las masas y para recobrar la influencia perdida.

Pero ya lo hemos visto; la Iglesia romana no sabrá satisfacer la necesidad de ideal y de luz que ha impelido á ciertos espíritus hacia ella. Sus fuerzas no son fuerzas vivas; lo que lleva en sí, no es el porvenir, es el pasado con sus sombras, sus intolerancias, sus rencores, sus causas de división y de perpetua discordia entre los hombres. El actual retorno de las cosas que la favorece, sólo puede ser efímero; la insuficiencia de la Iglesia aparecerá pronto á los ojos de una generación ilustrada, ávida de hechos y de realidades.

La Iglesia misma ha cuidado de disuadir á quienes fundaban en ella algunas esperanzas de progreso y de renovación.

Por su encíclica *Satis cognitum*, publicada en Agosto de 1896, León XIII ha vuelto á hundirse ciegamente en las doctrinas del pasado, haciendo afirmaciones las más intransigentes.

“La Iglesia de Cristo—dice—es única y perpetua: cualquiera que se separe de ella se aleja de la voluntad y de la orden de Jesucristo; deja el camino del bien y va á su perdición.

“En la Iglesia romana se perpetúa la misión inmutable de enseñar todo lo que Jesucristo ha enseñado, y subsiste para todos la obligación constante é ineludible de aceptar y de profesar toda la doctrina así enseñada.

“La Iglesia y los Santos Padres han considerado siempre como excluido de la comunión católica y fuera de la Iglesia á cualquiera que se separe en un ápice de la doctrina enseñada por el magisterio auténtico.

“Todas las veces, pues, que la palabra de este magisterio, instituido por Jesucristo en la Iglesia, declare que tal ó cual verdad forma parte del conjunto de la doctrina divinamente revelada, cada uno debe creer con certidumbre que esto es la verdad.”

Así, el Papa pretende decidir, para siempre, de los destinos de las almas. Su encíclica es una ampliación de la famosa frase: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*. Condena las doctrinas que no aceptan su supremacía; ahonda más profundamente el foso que separa el pensamiento moderno, el libre y luminoso espiritualismo, del dogmatismo romano. Desvanece las ilusiones de quienes habían creído en la posible evolución del catolicismo hacia más amplios y esplendorosos horizontes, á la conciliación entre los creyentes de todas clases, uniendo sus comunes esfuerzos para combatir el ateísmo y la desmoralización.

*
*
*

No obstante los asaltos que ha tenido que sufrir en los últimos siglos, la Iglesia ha podido resistir y mantenerse en pie. Su fuerza ha estado, según lo hemos visto, en que posee una concepción general aunque falsa, del mundo y de la vida, concepción opuesta al vacío y á la esterilidad de las doctrinas materialistas. Lo que resta en ella de moral evangélica, unido á su potente organización jerárquica, á su rigurosa disciplina, á sus obras de beneficencia y á las virtudes de cierto número de sus sacerdotes, han bastado para facilitar esa resistencia, y para asegurar su vida en medio de un mundo que se esforzaba en escapar de su yugo.

Pero sería puerilidad creer que la fe del pasado puede renacer: el lazo religioso que unía los hombres á la Iglesia romana se ha relajado para siempre. El catolicismo—ya lo hemos dicho—no está ya en estado de proporcionar á las sociedades modernas el alimento necesario á su vida espiritual y á su elevación moral. ¿No lo vemos en nuestro derredor? Los creyentes de nuestros días, considerados en conjunto, no son ni menos materiales, ni menos ávidos de fortuna, de placeres y de goces que los libre-pensadores.

Entre ellos, cuántos indiferentes que practican á medias, sin creer, sin reflexionar jamás en los problemas religiosos acerca del universo, el hombre y la vida! Todos los errores del pasado, todos los vicios del viejo mundo, el fariseísmo judío, las supersticiones y la idolatría paganas, han reaparecido en la sociedad llamada cristiana, hasta tal punto, que se puede preguntar si la civilización que lleva ese calificativo es superior á las otras que no lo tienen.

El cristianismo era una fe viviente y fulgurante: el catolicismo no es más que una doctrina árida y sombría, inconciliable con los preceptos del Evangelio, no teniendo que oponer á los argumentos de la crítica racionalista sino las afirmaciones de un dogma impotente para probar y convencer.

Todas las declaraciones, todas las encíclicas pontificales, nada pueden. Será preciso cambiar, ó morir. La Iglesia romana no recobrará ya el gobierno del mundo.

Al presente, no hay renovación moral posible, sino fuera

del dogmatismo de las Iglesias. Lo que las sociedades necesitan es una concepción religiosa en armonía con el universo y la ciencia, y que satisfaga á la razón humana. Toda restauración dogmática sería estéril. Los pueblos ya no se engañarán. El dogma, para ellos, es la Iglesia; y la Iglesia, aliándose á todas las opresiones, se ha convertido, según el dicho de J. Jaurès, "en una de las formas de la explotación humana." Sus afirmaciones han perdido el crédito en el espíritu de las masas. El pueblo, al presente, quiere la verdad, toda la verdad!

Cierto es que la sociedad moderna tiende aún, si no á la Iglesia, á lo menos al cristianismo, por los lazos de todo un pasado, lentamente formados en el transcurso de los siglos. Permanece adherida á la idea cristiana, porque los principios del Evangelio se han arraigado, quizás sin advertirlo y bajo nombres nuevos, en su pensamiento y en su corazón.

Hay en el Evangelio principios y gérmenes há largo tiempo incomprensibles y ocultos, como la semilla bajo la tierra, y que, después de muchos sufrimientos, después de lenta y dolorosa fermentación, esperan levantarse, brotar y producir frutos. Para esto, es necesaria una impulsión nueva, una diferente orientación de la idea cristiana, provocada por espíritus sinceros y desinteresados.

El cristianismo había traído al mundo—más bien que las otras religiones—el amor activo para todos los que sufren, la adhesión á la humanidad, llevada hasta el sacrificio; la idea de fraternidad en la vida y en la muerte; apareciendo por primera vez en la historia con la imagen del crucificado, del Cristo muriendo por todos.

Esta magna idea es la que, á pesar de los manejos de la Iglesia y la falsificación de las doctrinas primitivas, ha penetrado en las sociedades occidentales, é impulsado á las razas blancas, de etapas en etapas, hacia formas sociales más adecuadas al espíritu de justicia y de fraternidad, instigándoles á hacer para los pequeños un lugar cada vez más amplio en el banquete de la vida. Preciso es que un nuevo movimiento de ideas, surgiendo, no del santuario, sino fuera de él, venga á completar y esclarecer estos preceptos, estas verdades ocultas, y mostrar con ellas el principio de las leyes que rigen á los seres en esta y en la otra vida. Esta será la misión del espiritismo moderno.

La nueva revelación, las enseñanzas de los Espíritus, las pruebas que ellos dan de la supervivencia, de la inmortalidad del sér y de la justicia eterna, nos enseñan á distinguir qué es lo que hay de vivo ó de muerto en el cristianismo. Si los hombres de fe quieren convencerse del poder de estas enseñanzas y aceptar sus frutos, podrán recobrar con ellos la vida hoy agotada, el ideal que hoy agoniza. Este ideal que proclaman las voces del mundo invisible, no es diferente del de los fundadores del cristianismo. Se trata, en todo caso, de realizar sobre la tierra el "reino de Dios y de su justicia;" de purificar el alma humana de sus vicios, de sus errores; de levantarla de sus caídas, y, dándole el conocimiento de las leyes superiores y de sus verdaderos destinos, desarrollar en ella ese espíritu de sabiduría y de amor, sin el cual no hay paz social ni elevación. Para renacer y brillar el cristianismo, deberá vivificarse en esta fuente donde bebían los primeros cristianos

El cristianismo debe transformarse, despojarse de todo carácter sobrenatural y milagroso, convertirse en simple, claro, racional, sin dejar de ser un lazo, un intermediario entre el hombre, el mundo invisible y Dios. Sin esta relación, nada habrá de creencia firme, de filosofía elevada, ni de religión viviente. La religión debe despojarse de las viejas formas, inspirarse en los descubrimientos modernos, en las leyes de la naturaleza y las prescripciones de la razón. Debe familiarizar el espíritu humano con esa ley del destino que multiplica sus existencias, le pone alternativamente en los dos mundos, material y fluídico, y le permite así desarrollarse, regenerarse y conquistar su felicidad. Debe hacerle comprender que una estrecha solidaridad une á los miembros de ambas humanidades, la de la tierra y la del espacio; los que viven en la carne, y los que aspiran á renacer para trabajar en su progreso y el de sus semejantes. Debe mostrarles, de preferencia, esa regla de soberana justicia en virtud de la cual cada uno recoge, andando el tiempo, todo lo que ha sembrado de bien y de mal, de gérmenes de dicha ó de sufrimiento. Y estas nociones, estas leyes, mejor comprendidas, constituirán nueva base de educación, un principio de restablecimiento, un lazo religioso entre los hombres. Porque el lazo de solidaridad que les une se extiende al pasado y al porvenir, abarca todos los siglos, los une á todos los mundos. Miembros de una misma y gran familia,

solidarios, á través de sus existencias, en el vasto campo de sus destinos; partidos del mismo punto para arribar á iguales eminencias, todos los hombres son hermanos y deben ayudarse mutuamente, sostenerse en su marcha á través de las edades, hacia un ideal de ciencia, de virtud y de amor.

* * *

El Cristo ha dicho: "La letra mata y el espíritu vivifica." Pero los hombres han pospuesto siempre el espíritu á la letra. Han enlazado el pensamiento en una red de dogmas, de donde no puede salir sino con una especie de desgarramiento. A fuerza de comprimir la verdad, las Iglesias han acabado por desconocer su poder. Pero, tarde ó temprano, la luz viene, y esplendiendo con fuerza invencible, quebrantará hasta en sus bases las instituciones que tanto tiempo la ofuscaron.

Esto es lo que amenaza á las Iglesias. Las advertencias, sin embargo, no le han faltado. Aun entre los más sinceros cristianos se han elevado voces proféticas. De Maistre decía, desde la primera mitad de este siglo:

"Iglesia cristiana, ¿os parece que tal estado de cosas puede durar, y que esta vasta apostasía no sea á la vez la causa y el presagio de un memorable juicio? ¿Véis si los iluminados se han engañado al presentir, como más ó menos próxima, una tercera explosión de la todopoderosa bondad de Dios hacia los hombres? Nunca acabaría yo si quisiera reunir todas las pruebas que concurren á justificar esta previsión. Es necesario que estemos prestos para un gran acontecimiento del orden divino. Ya no hay religión en la tierra. Los terribles oráculos anuncian en todas partes que los tiempos son llegados."

Las previsiones de De Maistre se realizan. La humanidad atraviesa por crisis intensa en el orden filosófico, religioso y social. Pero las potencias invisibles ponen manos á la obra. Todos los que en medio del silencio, cuando los ruidos de la tierra se extinguen, han escuchado sus voces; todos los que estudian las corrientes, los soplos misteriosos que pasan sobre el mundo, saben que se opera un trabajo de fermentación en las profundidades del pensamiento y en la misma ciencia. La re-

novación se prepara: el siglo que va á nacer presenciara el florecimiento de una grande idea.

Por esto decimos á los ministros de todos los cultos y de todas las religiones: Si queréis que vuestras Iglesias vivan, volved la vista hacia la nueva luz que Dios envía á la humanidad. Dejadla penetrar en el sombrío edificio de vuestras concepciones; dejadla entrar á torrentes en las inteligencias, á fin de que los hombres se hagan mejores y se ilustren, á fin de que el ideal religioso que renace, caliente los corazones y vivifique las sociedades.

Ensanchad vuestros horizontes. Buscad lo que aproxima á las almas, y no lo que las divide. No lancéis anatemas á quienes no piensan como vosotros, porque os prepararéis crueles decepciones en el más allá. Que vuestra fe no sea exclusiva ni intolerante.

Aprended á discernir, á separar las cosas imaginarias de las reales. Absteneos de combatir la ciencia y de renegar de la razón, pues la razón es Dios en nosotros, y nuestra conciencia su santuario.

Pero—objetaréis—¿esto no será ya *nuestra* religión?

Sin duda: el nuevo espiritualismo no es una religión; mas aparece en el mundo llevando una antorcha en la mano, y su luz va á iluminar los más apartados rincones y fecundar á todas las religiones. El espiritualismo moderno es creencia basada en los hechos, en realidades sensibles; creencia que se desarrolla, progresa con la humanidad y puede unir á todos los seres, elevándolos hacia una concepción más alta de Dios, del destino y del deber. Por esto, cada uno de nosotros aprenderá á comunicarse con el supremo Autor de las cosas, con ese Padre de todos, que es vuestro Dios y el nuestro, y á quien propenden, desde el origen de las edades, todos los pensamientos que razonan y todos los corazones que adoran.

No pidáis ya lazo alguno moral y religioso á una doctrina de opresión y de temor. Dejad al espíritu humano su libre vuelo hacia la luz y el espacio. Todo rayo que viene de lo alto es una emanación de Dios, que es el sol eterno de las almas.

Cuando la humanidad se haya librado de las supersticiones y de los fantasmas del pasado, entonces veréis difundirse en ella los gérmenes de amor y de bien que la mano divina ha de-

rramado, y conoceréis la religión verdadera, la que se eleva por encima de las diversas creencias y á ninguna maldice.

IX

LA NUEVA REVELACION. EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA.

La nueva revelación se efectúa con formas inesperadas, ó por mejor decir, con formas olvidadas, idénticas, sin embargo, á las que revistieron las primeras manifestaciones del cristianismo.

Este comenzó por el milagro. La religión del Cristo está fundada en la prueba material de la supervivencia. (1) El espiritismo moderno se revela con ayuda del fenómeno. Así, milagro y fenómeno son dos palabras que concurren á un mismo hecho. El diferente sentido que ellas tienen, da la medida del camino recorrido por el espíritu humano en diez y nueve siglos. El milagro es superior á la ley natural: el fenómeno está sometido á esa ley: no es más que el efecto de una causa, la resultante de una ley. La experiencia y la razón han demostrado que el milagro es imposible. Las leyes de la naturaleza, que son las leyes divinas, no podrían ser violadas, puesto que ellas son las que reglan y mantienen la armonía del universo. Dios no puede desmentirse.

Los fenómenos de ultratumba se encuentran como base de todas las grandes doctrinas del pasado. Casi en todos tiempos han estado unidos por medio de relaciones el mundo invisible y el mundo de los vivos. Pero en la India, en Egipto y en Grecia este estudio era privilegio de un pequeño número de inquiridores y de iniciados, y los resultados obtenidos eran ocultos cuidadosamente.

Para que este estudio sea posible á todos; para dar á conocer las verdaderas leyes que rigen el mundo invisible; para enseñar á los hombres á ver en esos fenómenos, no un orden de cosas sobrenatural, sino un dominio ignorado de la naturaleza y de la vida, sería necesario el inmenso trabajo de los siglos, todos los descubrimientos de la ciencia, todas las con-

(1) Véase el cap. V.

quistas del espíritu humano sobre la materia: sería necesario que el hombre conociese su verdadero puesto en el universo, que aprenda á medir la debilidad de sus sentidos, su impotencia para explorar, por sí solos, todos los dominios de la naturaleza viviente.

La ciencia con sus invenciones ha atenuado esta imperfección de nuestros órganos. El telescopio ha abierto á nuestras miradas los abismos del espacio: el microscopio nos ha revelado lo infinitamente pequeño. La vida se nos ha mostrado en todas partes; en el mundo de los infusorios, como en la superficie de los globos gigantes que ruedan en la profundidad de los cielos. La física ha descubierto las leyes que rigen la transformación de las fuerzas, la conservación de la energía, y las que mantienen el equilibrio universal: la química nos ha hecho conocer las combinaciones de la sustancia. El vapor y la electricidad han venido á revolucionar la faz del globo, á facilitar las relaciones de los pueblos y las manifestaciones del pensamiento, á fin de que la idea irradie y se propague en todos los puntos de la esfera terrestre.

El espíritu humano ha podido fijar sus miradas en esta gran Biblia de la naturaleza, en este libro divino que excede en majestad á todas las biblias humanas. Ha leído fácilmente las fórmulas y las leyes que presiden á las evoluciones de la vida, á la marcha de los universos.

Al presente, el estudio del mundo invisible viene á completar esta magnífica ascensión del pensamiento y de la ciencia. El problema del más allá se insinúa en el espíritu humano con un poder, una autoridad y una insistencia tales, que quizás nada semejante se ha producido en la historia.

Porque jamás se había visto que tal conjunto de hechos, de fenómenos, considerados desde luego como imposibles y no despertando en la mayoría de nuestros contemporáneos más que la antipatía y el desdén, acabasen por imponerse á la atención y al examen de los hombres más competentes y más autorizados.

Hacia la mitad del presente siglo, el hombre, decepcionado por todas las teorías contradictorias, por todos los sistemas incompletos con que se ha querido alimentar su pensamiento, se dejaba invadir por la duda; perdía más y más la noción de la vida futura. Entonces el mundo invisible se ha acercado á